

EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA EN LA TEOLOGÍA DE H.U. VON BALTHASAR

ELLERO BABINI

El tratamiento del tema de la pneumatología en la obra de Balthasar ha sido casi siempre fundamentalmente fragmentario, en palabras del propio autor¹, si bien en una teología de clara impronta y formulación trinitaria como la suya², obviamente no se puede evitar volver continuamente a mencionar la acción del Espíritu Santo en todos los ámbitos del discurso teológico.

Sólo al final de su monumental Trilogía compuesta de estética teológica, teo-dramática y teo-lógica, es decir, en el tercer y último volumen de la «Teológica», Balthasar acaba por referirse de manera explícita y sistemática al Espíritu Santo, aunque siempre desde el punto de vista particular de la Teo-lógica, es decir, considerando al Espíritu principalmente en cuanto Espíritu de verdad, como Aquél que «introduce en la verdad toda entera» (Jn, 16, 13). Antes el sabio suizo se había ocupado del tema del Espíritu Santo sobre todo en los «Skizzen zur Theologie», cinco volúmenes de recopilación de ensayos teológicos.

Por ello, nos detendremos ahora preferentemente en estas obras, interpe-lándolas principalmente, por exigencias obvias de brevedad, desde el punto de vista de la cuestión de la relación entre el Espíritu Santo y la Iglesia.

1. Cfr. H.U. VON BALTHASAR, *Geleitwort* a K.J. TOSSOU, *Streben nach Vollendung*, Herder, Freiburg 1983, p. VII: «... in einer Thematik, von der ich mir bewußt bin, sie höchst fragmentarisch (wenn auch an vielen Stellen) behandelt zu haben».

2. Son numerosos los estudios que subrayan y documentan esta postura. Entre los más recientes nos limitamos a señalar: T.R. KRENSKI, *Passio Caritatis. Trinitarische Passiologie im Werk H.U. von Balthasars*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1990; P. MARTINELLI, *La morte di Cristo come rivelazione dell'amore trinitario nella teologia di H.U. von Balthasar*, Jaca Book, Milano 1996; G. MARCHESI, *La cristologia trinitaria di H.U. von Balthasar*, Queriniana, Brescia 1997.

1. EL ESPÍRITU SANTO, DON DE DIOS A LA IGLESIA

Si buscamos las características esenciales que definen al Espíritu Santo, tanto en sí mismo como en relación con el mundo, y en particular con la Iglesia (podría decirse tanto «intratrinitariamente» como en la *oeconomia salutis*), cabe decir sintéticamente que para Balthasar son tres: el Espíritu Santo es don, libertad y testimonio (interior y exterior). Dejamos de lado, por exigencias de espacio, el aspecto intratrinitario y nos limitamos al aspecto económico, que es aquél del que aquí queremos ocuparnos, considerando al Espíritu Santo en su relación con la Iglesia.

En primer lugar, el Espíritu Santo en relación con la Iglesia es *don* en el sentido de entrega de Dios al hombre, más incluso: dentro del hombre: «El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5, 5). «En esto reconocemos que Dios habita en nosotros: en el Espíritu Santo que se nos ha dado» (1 Jn 3, 24). Puesto que intratrinitariamente el Espíritu es ya don del Padre y del Hijo, en el doble significado de ser la unión entre el Padre y el Hijo, y de ser el «fruto» de su amor, puede ser también entonces el Dios transformado esencialmente en don para los hombres³. En cuanto «indivisible *donum Dei*, el Espíritu dado a la Iglesia es, en la misma medida, don del Padre y don del Hijo. En su tendencia a la corporeización, revela no solamente al Hijo, sino, al mismo tiempo, el amor poderoso del Padre, cuyo amor al mundo se ha manifestado propiamente en el don del Hijo» (Jn 3, 16)⁴.

En segundo lugar es *libertad*, en el sentido más amplio de la palabra: «Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Cor 3, 17). «La ley del Espíritu de vida te ha hecho libre en Cristo Jesús» (Rom 8, 3). El Espíritu es la quintaesencia del amor de Dios, que es libertad, y que por eso hace a los hombres verdaderamente libres⁵.

Y en tercer lugar el Espíritu es y da *Testimonio*, tanto interiormente como exteriormente. Exteriormente ante el mundo, convenciéndolo en cuanto al pecado, a la justicia y al juicio (cfr. Jn 16, 8). E interiormente en cuanto que «el Espíritu mismo es la prueba en nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Rom. 8, 16).

3. Cfr. *Spiritus Creator. Skizzen zur Theologie* III, Johannes Verlag, Einsiedeln 1967, 95-105; *Theologik*, III, *Der Geist der Wahrheit*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1987, 207-217.

4. *Theologik*, III, 272. A esta temática nos hemos referido recientemente en otros lugares: cfr. E. BABINI, *Esperienza cristiana e teologia spirituale*, en A. SICARI (ed.), *La vita spirituale del cristiano*, vol. 17/1 de A.MA.TE.CA., *Manuali di teologia cattolica*, Jaca Book, Milano 1997, 15-70.

5. Balthasar se detiene sobre este aspecto de manera sistemática especialmente en *Theodramatik*, II/2, *Die Personen in Christus*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1978, 463-489. Véase también E. BABINI, *L'antropologia teologica di H.U. von Balthasar*, Jaca Book, Milano 1988, 37-50.

También esta tercera función del Espíritu tiene un origen intratrinitario: siendo el Espíritu, como hemos visto, al mismo tiempo, el *acto* del amor recíproco del Padre y del Hijo y el *fruto* de este acto (la unión íntima entre el Padre y el Hijo es el «producto» de esta unión de amor), también puede ahora ser el «testimonio» objetivo de que este amor se verifica ya desde la eternidad. Balthasar recurre aquí, con la debida precaución, a la imagen analógica del niño, que es el testimonio objetivo del amor de los padres: «En cuanto íntimísimo fuego de amor del Padre y del Hijo, el Espíritu es el absoluto conocimiento del amor desde el interior; pero en cuanto producto, fruto de este amor, Él, como Amor, es, al mismo tiempo, el testimonio objetivo de que este amor se verifica eternamente (el niño como testimonio de un acto de amor de los padres que ha tenido lugar en el tiempo, es sólo una pálida imagen de esto)»⁶.

Más precisamente, en relación con la estructura de la Iglesia, la obra del Espíritu se revela doble y unitaria al mismo tiempo (Balthasar habla de *Zweieinheit des Werkes des Geistes in der Struktur der Kirche*⁷). El doble aspecto de la Iglesia, el subjetivo y el objetivo, debe ser visto tanto en relación con Cristo como en relación al Espíritu. En relación con Cristo, la Iglesia, como su «Cuerpo» y su «Esposa» al mismo tiempo, debe poseer una fisonomía tanto corpórea-visible, como espiritual-invisible. Todo lo de objetivo que ella muestra (Escritura y sacramentos, pero también ministerio, tradición, derecho canónico), deriva de la encarnación del Verbo de Dios, en la medida en que la vida terrena de Jesús sigue siendo la unidad de medida para la Iglesia que sigue peregrinando sobre la tierra. Aunque Jesús ha puesto los fundamentos de todos estos aspectos objetivos visibles de la comunidad eclesial, ha dejado su crecimiento, su pleno desarrollo, al Espíritu Santo, de manera que también su propia doble figura (humana y divina) repercutirá en el mismo organismo de la Iglesia.

Y es propiamente este el término específico que Balthasar usa en este punto para definir la Iglesia. «Antes de definir al cuerpo de Cristo que es la Iglesia, que está animada por el Espíritu Santo, como “institución” debemos describirla —más cercana al cuerpo— como “organismo” en el sentido literal, no metafórico»⁸.

Y en todo aquello que la Iglesia tiene de objetivo e institucional, «debemos reconocer la obra y la expresión del Amor divino, así como en la santidad subjetiva hecha posible por las instituciones»⁹. Hay que

6. *Theologik*, III. *Der Geist der Wahrheit*, 224.

7. *Ibid.*, 226. Por esta razón, el autor hablará análogamente más adelante de *Zweieinheit der Kirche* (cfr. *ibid.*, 285 ss.).

8. *Ibid.*, 228.

9. *Ibid.*, 226.

subrayar a este respecto que ambos aspectos, el institucional y el espiritual-carismático, son frutos de la acción del Espíritu, el cual es tanto el espíritu objetivo de la institución como el espíritu subjetivo de la santidad personal¹⁰.

Solamente desde una mirada humana todavía imperfecta podría subsistir una tensión entre el aspecto espiritual y el institucional de la Iglesia. En la perspectiva del Espíritu, la Iglesia resulta compuesta igualmente de aspectos aparentemente contrapuestos, pero que son en realidad complementarios (se podría recordar a este propósito aquella que R. Guardini llamaba «oposición polar»). Así como también el Espíritu mismo es uno, pero es al mismo tiempo hecho de tensiones opuestas: «Él mismo es uno intratrinitariamente, como acto y fruto, como hecho y resultado, como condicionado en virtud de su proveniencia y al mismo tiempo incondicionado en su libertad»¹¹.

2. LA IGLESIA, PUEBLO REUNIDO EN EL ESPÍRITU SANTO

Sólo en el Espíritu Santo la Iglesia es una «Ecclesia Sancta». La reunión («ekklesía») del pueblo santo se verifica en el Espíritu de Cristo y es fruto de su acción.

En las discusiones teológicas sobre la Iglesia de los últimos decenios se ha querido con frecuencia contraponer una Iglesia institucional a una Iglesia carismática. Pero, para Balthasar, no se puede tratar de dos realidades diversas y contrapuestas. El elemento institucional en la Iglesia no es en absoluto un añadido o algo colateral, sino que se trata de una de las modalidades de la presencia del Espíritu Santo como presencia permanente del Señor exaltado. Ya en el volumen cuarto de los *Skizzen zur Theologie*, «El Espíritu y la Institución», decía Balthasar: «En la Iglesia de Cristo el Espíritu Santo vive siempre como Espíritu objetivo y subjetivo al mismo tiempo: como institución, regla o disciplina, como inspiración y viva obediencia al Padre, y como Espíritu de filiación. Las dos cosas son inseparables, porque estamos bajo la ley de Cristo, que debe tomar forma en nosotros, y no sólo como el siervo de Dios que se fatiga sobre la tierra, sino como el que ha resucitado y subido al cielo (Ef 2, 6), de modo que nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios»¹².

10. Esta temática ha sido afrontada extensamente por el autor más adelante. Cfr. *ibid.*, 282-380.

11. *Theologik*, III, 227. Cfr. M. KEHL, *Kirche als Institution*, Knecht, Frankfurt 1976.

12. *Pneuma und Institution. Skizzen zur Theologie*, IV, Johannes Verlag, Einsiedeln 1974, 231.

Balthasar procura constantemente evitar toda separación trágica entre el aspecto institucional y el carismático en la Iglesia. Ciertamente, muchas formas de la organización exterior de la Iglesia necesitan reformas, deben continuamente volver a su fuerza de inspiración interior originaria, que deriva propiamente del Espíritu, para que «la Iglesia, objetivamente configurada no sea vivida como una estructura, rígida, como una cárcel, sino como un edificio espiritual, en el que cada uno viene a ser como piedra viva (1 Pe 2, 5)»¹³. La presencia del Espíritu en la Iglesia supone un desafío para cada miembro de la comunidad eclesial: cada uno es llamado a configurar su vida y la de la comunidad eclesial de tal modo que el objetivo de la estructura de la Iglesia sea siempre (y siempre más) hacer transparente la presencia de Cristo, en el poder del Espíritu Santo, y transmitir a los hombres la vida trinitaria.

Bajo la guía del Espíritu Santo, la Iglesia es al mismo tiempo institución y acontecimiento. Ella se transforma, cada vez más, en lo que debe ser. Su figura visible está bajo el signo de este acontecimiento, entra en esta dimensión de «acontecimiento» propia de la Iglesia, bajo la guía del acontecimiento sumo y central, el de la Encarnación del Verbo. Cuando estas determinaciones se consideren seriamente, se evitarán dos riesgos opuestos: el de subrayar unilateralmente el aspecto espiritual, carismático, y el de la fosilización, el de la adaptación al *Establishment*. «El objetivo del Espíritu Santo solamente puede ser el de introducir la Iglesia en toda la verdad, que Él toma del tesoro de Jesucristo»¹⁴.

3. LA IGLESIA, OBRA DEL ESPÍRITU

La Iglesia es entonces obra de Cristo y al mismo tiempo obra del Espíritu, en cuanto que la obra de Cristo y la obra del Espíritu en la historia de la salvación son, como dice Balthasar, coextensivas. ¿En qué sentido? En el de que «la obra de la Pasión del propio Hijo tuvo lugar a través del sacrificio de su sangre “en el Espíritu eterno” (Heb 9, 14). Después, sin embargo, tendrá lugar la efusión del Espíritu por medio del Hijo a partir del Padre en una Iglesia, cuyo lenguaje estará compuesto de todos los pueblos, una Iglesia que será enviada a todos los pueblos hasta los confines del mundo»¹⁵.

Esta misión, a su vez, se realiza por medio del Hijo, que la envía a todas las gentes, prometiendo permanecer con ella hasta el fin del

13. *Ibid.*, 233.

14. *Sponsa Verbi. Skizzen zur Theologie*, II, Johannes Verlag, Einsiedeln 1961, 15.

15. *Theologik* III, 268.

mundo, pero se realiza al tiempo por medio del don del Espíritu, que no habla en su propio nombre sino que reenvía siempre al Hijo (y por tanto también al Padre).

Y también por ello la misma unidad de la Iglesia es obra del Hijo, pero al mismo tiempo es obra del Espíritu. De hecho, por una parte es la Eucaristía la base del ser un solo cuerpo en Cristo (Rom 12, 5), y por otra, es el Espíritu el que es considerado como el que forma el cuerpo eclesial: hemos sido «bautizados por medio del Espíritu para formar un solo cuerpo... todos hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Cor 12, 13).

Así, desde este punto de vista, Balthasar, con una atrevida especulación, evidencia que, como el Espíritu Santo «es la ilimitada efusión del amor divino en cuanto don, puede no sólo en cuanto “gracia” “derramarse” en los corazones de los creyentes (Rom 5, 5), sino incluso co-efundir (*mitverflüssigen*) la visible y sólida carne y sangre del Hijo en una Eucaristía hacia Padre que incluye al mundo entero»¹⁶.

Y en lo que se refiere al centro de la fe, el misterio pascual, tal misterio «consiste en el hecho de que el Hijo resucitado en el don del Espíritu Santo se entrega a sí mismo. En otro sentido se puede decir que en el Espíritu como don, el donante se hace presente de manera perfecta. Este es el motivo por el que el Espíritu en la Iglesia apunta siempre en la dirección de la completa corporeidad, permaneciendo extraño a toda espiritualización, razón también por la cual la Iglesia Católica (con su unidad de Ministerio con la garantía de unidad petrina, Sacramento, Escritura y Tradición) en comparación con las “iglesias separadas” será siempre reconocible en su corporeidad como centro de toda unidad eclesial»¹⁷.

Podríamos decir entonces que para Balthasar la Iglesia es por excelencia la obra del Espíritu Santo precisamente gracias a su propia corporeidad, ya que el Espíritu, contrariamente a toda idea mundana, en cuanto Espíritu del Hijo hecho hombre, tiene una tendencia incarnatoria, urge hacia aquello que es material, corpóreo. Ha obrado la encarnación del Verbo en el seno de la virgen María y opera la estructuración de la Iglesia en cuanto continuación de la presencia de Cristo resucitado en la historia.

16. *Ibid.*, 210. Este concepto de «efusión» del amor de Cristo en la Eucaristía por obra del Espíritu había sido ya anunciado por el Autor en *Theodramatik*, IV, 432-446.

17. *Ibid.*, 272. Resulta por esto como una dialéctica entre las dos funciones aparentemente opuestas del Espíritu, en relación a Cristo de una parte y a la Iglesia por otra: tiende así a «efundir» la concreción de Cristo para universalizarlo, es decir, para materializarlo, para hacerlo corporalmente presente en la Iglesia, y a través de la Iglesia, en el mundo.

Podríamos además añadir que la Iglesia es obra del Espíritu en cuanto que la función del Espíritu en relación con Cristo es principalmente la de «universalizar», extender en el tiempo y en el espacio la obra del Hijo¹⁸. Pero hay que tener presente que Él «universaliza sólo lo universal que descansa ya, no separado, en el particular que es Jesús»¹⁹. Y esta universalización viene a efectuarse en primer lugar por medio de la Iglesia, animada por el Espíritu Santo. La Iglesia, de hecho, se trasciende continuamente a sí misma en dirección al mundo, existe para el mundo, misioneramente.

Ella es la obra del Espíritu, en el sentido de que «la obra del Dios de la reconciliación del mundo con Él en Cristo abarca todo el cosmos, y es especialmente en la Iglesia como ésta se hace no sólo manifiesta sino eficaz, y por eso los cristianos necesariamente deben convertirse en “heraldos” de la reconciliación universal y exhortar a los hombres a reconciliarse personalmente con el Dios reconciliado»²⁰.

4. LA IGLESIA, SIERVA DEL ESPÍRITU

Si la Iglesia surge cuando el hombre redimido se coloca en el lugar del Hijo, reconoce entonces que existe no por sí misma sino por Cristo, y que sólo en Cristo es ella misma. Si buscase existir fuera de Cristo, dejaría de ser ella misma. Ella es, por así decir, la manera de existir del hombre redimido en Cristo, perteneciente a Cristo.

Como tal, ella es a su vez la que introduce a los hombres a Cristo, y en esta tarea es guiada principalmente por el Espíritu Santo, es sierva del Espíritu Santo que introducirá a los discípulos en la verdad toda entera. Recibe el encargo de anunciar a los hombres el Evangelio y conducirlos a Cristo, pero ella «solamente puede hacerlo introduciéndolos en su propio acto de fe y obediencia eclesial»²¹. En este sentido, ella es «sierva del Señor» (ejemplarmente y arquetípicamente en María), pero también al mismo tiempo «sierva de su Espíritu», lo cual significa «dejarse llenar del fruto del Señor»²². En consecuencia, la Iglesia es también ese espacio abierto en el que se manifiesta la llegada del *Novum*, de ese elemento de novedad que siempre lleva consigo el Espíritu, que «renueva la faz de la tierra».

18. Este aspecto había sido ya desarrollado por Balthasar en *Theologie der Geschichte*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1959, 61 ss.

19. *Theologik*, III, 273. Cfr. *ibid.*, 180 ss.

20. *Ibid.*, 245. Este papel de la Iglesia había sido ya tratado en *Theodramatik*, II/2, 388 ss.

21. *Pneuma und Institution*, 146.

22. *Ibid.*, 147.

Bajo la guía del Espíritu, la Iglesia es ahora el auténtico sujeto de la fe, y por eso el necesario instrumento de la salvación, a través del cual se recibe y acoge al Verbo de Dios (se reconoce aquí, una vez más, el fuerte influjo de la mariología sobre la eclesiología en el pensamiento de Balthasar).

Este aspecto deja vislumbrar dos momentos indivisibles propios de la esencia de la Iglesia: el *ex opere operato* y el *ex opere operantis*. La Iglesia es de hecho, al mismo tiempo, «aquello que viene constituido en la entrega de Cristo y aquello que ya y siempre debe nuevamente cumplir y ratificar este ser constituida; ninguno de estos dos aspectos es separable del otro. En esta constitución, la Iglesia es Sacramento (primordial); ella recibe su propia esencia infaliblemente a partir de la esencia de Cristo (“*ex opere operato*”), pero de tal modo que ella ratifica esta acogida en cuanto sujeto (“*ex opere operantis*”) y por tanto actúa ella misma»²³.

En este sentido toda afirmación sobre lo que la Iglesia es viene a ser al mismo tiempo una afirmación sobre lo que la Iglesia debe ser, y siempre más debe llegar a ser (y lo consigue propiamente gracias a la dinámica presencia y acción del Espíritu Santo, que le abre siempre delante nuevos horizontes, le abre el campo inagotable de la misión). Ella está constantemente en camino hacia una madurez siempre más plena.

Y a fin de que la Iglesia nazca y crezca y llegue a ser siempre más ella misma, es decir, la Esposa y el Cuerpo de Cristo, es necesario «un acto de generación, que a partir de la debilidad mortal del hombre generante-muriendo sobre la cruz... pasando a través de la comunicación del propio Espíritu, sea humano o divino, llegue hasta dentro de los misterios de la generación y espiración intratrinitaria»²⁴.

Entonces resulta claro como el Espíritu mismo es «órgano generador de la Divinidad que genera desde la eternidad»²⁵, en cuya potencia la Iglesia generada es al mismo tiempo una Iglesia que crece y viene a ser siempre más ella misma. Si en la autodonación del Verbo encarnado sobre la cruz y en la resurrección la Iglesia es generada (*Ecclesia e latere Christi*), este «sujeto eclesial incoativo» (*inchoatives Kirchensubjekt*) —como podría ser definido en este punto— se cumple solamente en el misterio del Espíritu Santo, que viene inmerso en él como su más

23. *Theodramatik*, II/2, 395. Este discurso será desarrollado más adelante también en *Theologik*, III, 309 ss.

24. *Sponsa Verbi*, 304.

25. *Ibid.*, 202. Análogamente Balthasar habla en la *Theodramatik* del hombre como *Geistsubjekt* (cfr. *Theodramatik*, II/2, 187ss.; E. BABINI, *L'antropologia teologica di H.U. von Balthasar*, Jaca Book, Milano 1988, 173-179).

íntimo fundamento (*innerster Grund*) y que puede por tanto constituir de manera completa el sujeto eclesial²⁶. Como *intimo fundamento* queda aquí definido el Espíritu en relación con la Iglesia, es decir, base interior, principio vivificador, alma de la Iglesia, que la hace existir y obrar en el mundo, la salvación dada por el Padre en Cristo. Y quizá sea ésta, para concluir, la definición más sintética y exhaustiva para definir el papel del Espíritu en relación a la Iglesia.

26. *Ibid.* 202.

